

BRAČ: EL ESLABÓN CROATA

Patricia Štambuk M.

En un viaje reciente a esta isla tan significativa para Chile, Patricia Štambuk, periodista y escritora especializada en temas de memorias contemporáneas, busca reconstruir junto a sus hijos una historia contada en fragmentos por su padre inmigrante. El objetivo final es proyectar los orígenes de la familia, “con los pies sobre las mismas piedras”.

17 de noviembre de 2016, Charla en el Estadio Croata para el CPEAC, Círculo de Profesionales y Empresarios de ascendencia croata.



Hace un tiempo pensamos con el presidente del Círculo, Danilo Kalafatović, que esta charla podía ser sobre lo que escribo, las memorias históricas, o en especial sobre Isla de Pascua, mi investigación más reciente y un tema que es muy atractivo; pero sobrevino entremedio, hace pocas semanas, un viaje a Croacia con mis dos hijos, en un peregrinaje justamente de mi especialidad: la memoria contemporánea, aunque esta vez era del ámbito familiar. Invité a mis hijos para que supieran cómo era la tierra de su abuelo. Para que la conocieran, se conectaran emocionalmente con ella, y la quisieran, como yo la quiero.

Y porque trabajo en memorias orales, sabía que si el relato se interrumpía, si yo no lo transmitía debidamente, podía morir esa historia larga y hermosa de

la familia, una historia iniciada hace siglos en Bohemia por un checo, mi tataratata abuelo Antun Standelperguer, y proseguida en Venecia, para rematar en la isla de Brač y en el caso de mi familia, en la Patagonia. Qué gran experiencia es la migración universal. Algunos migrantes completan incluso un círculo, regresando a vivir al origen. Las migraciones son la base del poblamiento de la tierra, de la necesaria mixtura genética, siguiendo los caminos de la búsqueda, del asombro, del encuentro y también de la colisión de culturas. Y si uno entiende esos flujos, comprende la unidad esencial del género humano.

Mi viaje fue, como decía, un peregrinaje de la memoria ¿Quién no recuerda lo que algún día le contó su madre, su padre o sus abuelos sobre sus orígenes? A veces son pequeñas historias que parecen insignificantes, pero si las decodificamos bien, con inteligencia, nos dan mucha información de una época, de las circunstancias del hecho contado y de los personajes que intervienen en ese episodio.

Conservo el recuerdo de las palabras de la nona Franca Pešutić, una anciana hermosa y tierna, a quien entrevisté en Punta Arenas en 1980, para el Centenario de la Inmigración Yugoslava en Magallanes, y que partió diciéndome con mucha vehemencia: “Nosotros no éramos pobres, ¡éramos ricos!”. Quedé en silencio y ella prosiguió: “Éramos ricos porque teníamos espíritu y ganas de trabajar. No podíamos comprar cortinas, pero usábamos la tela de los sacos de harina. Yo deshilaba esa tela y la bordaba para tener una linda cocina, una linda casa”. Ustedes han imaginado esa cortina, esa casa, esa cocina, a esa abuela, y pueden inferir el esfuerzo, el ánimo, la esperanza, la vida de las familias de esos tiempos. Por eso - a contrario sensu de lo que suele decirse - creo que a menudo una palabra vale más que mil imágenes.

Así como a ella, he entrevistado a tantas personas en mi vida. Mi especialidad en la escritura es en realidad una confluencia muy especial entre el periodismo, la literatura y la historia. Y la base, la piedra fundacional de mis libros - me encanta hablar de piedras, porque provengo de una familia de canteros -, es precisamente el relato oral, en especial de dos pueblos antiguos de Chile, yaganes y rapanui. Pueblos sin escritura, que transmitían su historia con palabras.

Los croatas, al menos los isleños de Brač, y lo podemos decir aquí en confianza, son buenos para hablar y no pocas veces lo hacen en verdaderos soliloquios, que más parecen un viaje a sus memorias y sentimientos que una conversación. Un amigo chileno-croata me decía en Brač hace pocos días que pretender interrumpirlos o esperar que pregunten "y tú cómo estás", era un ejercicio con pocos resultados. Solo hay que escuchar. Quizás por qué extraño designio, yo resulté una gran escuchadora, capaz de grabar por horas y horas los relatos ajenos, sintiéndolos además como si fueran propios.

Pues bien, mi padre no contaba tantas historias, pero era un buen contador de historias. Tenía gracia para narrar anécdotas y más aún para los chistes, en su castellano "croatizado". Se usaba en esos días la expresión estar "choreado", por estar enojado, molesto, pero él decía, en medio de un chiste: "el tipo ya estaba muy chorreado"...

El relato que jamás olvidaré y que siempre me emociona, es el de su llegada a Chile, a Punta Arenas, en 1936, a los 16 años. Vestía un pantalón a la rodilla. Venía con sus cuatro hermanos menores, al encuentro con su padre, Iván, que trabajaba como constructor de casas patronales en las grandes estancias de Magallanes. Había muerto Antonia, su madre, en Brač, y los huérfanos viajaban hasta el fin de la tierra. A sus 16 años, se había trenzado a golpes con un italiano en el barco. Viejas odiosidades europeas. Al llegar el barco a la bahía de Punta Arenas miró con sorpresa desde la cubierta el árido paisaje de nuestra costa puntarenense. La ciudad era en esos días apenas un modesto caserío con unos cuantos cercos de madera. Sintió ese frío polar que muchos conocemos desde la infancia, pero no él. Lloró largamente. Lloró como puede llorar el ser que ha perdido un paraíso, el paraíso empobrecido de Brač, pedregoso, pero cálido, propio, y rodeado de un mar transparente y apacible.

Hay una notable canción del Canto a Magallanes llamada Tierra y Pan, que describe exactamente ese momento. A veces creo que se inspiraron en el relato de mi padre, porque la escribió un amigo. Dice la canción:

*Miro desde el barco la inmensa pampa mi nuevo hogar
He llegado desde lejos a este lugar.
Donde el viento me saluda tristemente
Con la lluvia mis recuerdos caen al mar
Y en las olas a mis playas llegarán.*

*Más nace aquí, en el confín, una nueva esperanza
De hacer brotar con mi mujer
Los frutos de este suelo*

*Y mañana al fin mis hijos tendrán
Tierra y pan*

La melodía también es conmovedora. Cada vez que la escucho, recuerdo ese relato de mi padre en mi infancia y siento ese dramático desarraigo en la llegada a Chile. A veces sollozo, poniéndome en sus zapatos, por la pérdida que él sintió en ese momento de su vida. Es duro ser emigrante. Y lo somos también los que salimos de la tierra natal aunque estemos en el mismo país.

También me contó que cuando niño le enseñaban a esculpir la piedra en la escuela. Y que él y su padre habían colaborado, entre varios Štambuk, herederos del oficio de canteros y escultores, a hacer las estatuas de Cirilo y Metodio en la iglesia de Selca, una iglesia del siglo XX, que es como la catedral de Brač, a pesar de que Selca es un pueblo muy antiguo de la isla, pero pequeño en comparación con otros.

Mi padre, nunca quiso regresar. Dio vuelta la hoja. Yo anhelé conocer su paraíso perdido, así que emprendí el primer viaje. Era 1980. Sabía que estaba en pie la casa de familia. Y la encontré, intacta. Volví a Punta Arenas con un bordado de una tía monja que encontré en la *konova* de la casa, más algunas fotos, algunas piedras y muestras de mármol; al llegar a Chile advertí con estupor que no había visto las estatuas de los santos Cirilo y Metodio, obra de la familia. Tampoco había fotografiado los hermosos capiteles de las columnas que los Štambuk habían esculpido. Me había impresionado tanto la visita al templo, donde hay incluso una lápida frente al altar, sobre la tumba del obispo Andro Štambuk - el mismo nombre de mi padre - que me había saltado asuntos esenciales de la memoria en ese mi primer viaje.

“Tengo que volver, es una señal”, me dije. Pero se me pasó un poco el tiempo, entre una y otra cosa, y demoré ¡36 años! en volver. De ese segundo viaje regresé hace solo algunas semanas.

El primer Štambuk viajó desde Praga a Venecia en el siglo XX, haciendo uno de los tantos caminos de los emigrantes europeos en la época; y aunque Antun Standelpergher era un calificado cantero y tallador, experto en piedra y mármol, en Venecia fue un remero, un “*uomo a remo*”, en la galera de un general veneciano, así que antes de ir a Croacia en este viaje de la memoria pasé con mis dos hijos por Venecia. Era mi tercera visita y espero que haya una cuarta. Posé con polera de rayas, con los gondoleros guapos y fornidos que reman por sus canales, a veces acompañados por operáticos cantantes que esparcen su potente voz entre el agua silenciosa, las casas humedecidas en sus bases, los palacios imponentes, los puentes interminables.

Allí estuvo en el siglo XVIII el maestro Ante Standelpergher detto Stambucco de Andrea della Citta de Praga, según lo nombran los documentos de la época. Stambucco remaba parsimonioso y quizás cantando por las calles de agua de Venecia, cuando el príncipe de Brač se enteró de su destreza en el oficio de trabajar la piedra y el mármol, y mandó a buscarlo para que construyera iglesias en BRAČ. En realidad, lo sacó de la cárcel y hasta hoy no sabemos qué fue lo que hizo para quedar entre rejas, pero siendo un Štambuk, uno puede suponer que quizás fue por desacato, insurrección o algo similar. El caso es que el 10 de enero 1713 se firma su libertad condicional y un contrato por 578 liras para que se dedique durante tres años a construir palacios y casas de mampostería en la isla y alrededores. Y lo cierto es que ese inmigrante introduce en la isla de Brač, hasta entonces netamente agrícola y pastoril, la actividad de canteras y de construcción, lo que da un giro en las siguientes décadas a su economía. Y la actividad de talla de la piedra se elevó además a la categoría de arte.

Pero el objetivo principal de esta peregrinación no era Venecia – República que también invadió y gobernó a Croacia los siglos XIII y XIV– sino la isla donde nació mi padre, Andrija, y sus padres, el abuelo Iván y la abuela Antonia, que desafortunadamente no conocí. Y para llegar a ella hay que

pasar primero por Split, recorrer de nuevo el palacio de Diocleciano – emperador que, como otros, nació en Dalmacia – impresionante herencia de los romanos, un palacio magnífico, con una característica actual muy especial: está parcialmente habitado. Y por fuera y por dentro, luce invadido por el comercio de frutas, verduras y vestuario. Y es que cuando los romanos se retiran en el siglo III, los habitantes locales, bastante romanizados, corren a refugiarse y a apoderarse de sus habitaciones, donde quedan fortificados. Y hasta hoy. Siento cierta incomodidad al ver la magnificencia de la arquitectura romana mezclada con un comercio tan variado, pero después de ese impacto, pienso: no son ruinas, es un espacio vivo, hay 3.000 personas, o más conviviendo con la historia antigua y todavía es un castillo palpitante.

En el cruce de Split a Brač en transbordador, que es como cruzar de Punta Arenas a Porvenir, Tierra del Fuego, voy recordando el antiguo oráculo de los chinos cuando menciona reiteradamente “el cruce de la gran agua”. Navegando el mar adriático, como mi padre en su partida a América, escribo una carta imaginaria: querida isla de mi padre, no te hemos olvidado. Pienso, entonces, en lo que es el espíritu isleño. Yo soy una isleña, porque nací en una región desconectada del territorio nacional. Magallanes ha sido y es todavía una gran isla. El isleño tiene una personalidad afincada en su identidad local, por pequeño que sea el espacio. La marginalidad, el aislamiento, concentran la esencia del binomio territorio-habitante. Somos como esos cuadraditos de los caldos Maggi. Pequeños, pero intensos, fuertes, condensados, regionalistas. Si bien el isleño mira hacia afuera, buscando salir del pequeño espacio que lo limita, en lo esencial siempre mirará hacia adentro; precisamente, como todos los *moai* de Isla de Pascua. Hay un patrón, una pauta. Chiloé, Cuba, Escocia, Tierra del Fuego o Brač. Ser o no ser isleño. Mirarse o no mirarse el ombligo. Un ejemplo internacional cercano es Inglaterra, que elige el Brexit. No nos molesten, no nos agrupen, somos especiales.

Es decir que mi padre fue de una isla a otra isla. Pero claro, los escenarios eran tan diferentes: el sur del mundo, glacial, y la templada costa de Dalmacia son, sin duda, distintas calidades paradisíacas.

Puesta ya en Brač, la veo muy moderna, pero me parece volver a la edad de piedra. Porque si hay algo que define y a la vez sobra en Brač, es la piedra.

Uno de los más famosos poemas sobre la isla es del escritor y político Vladimir Nazor, que va apoyando su prosa poética en una especie de titulares: ISLA SIN PAN, y nos recuerda que en esas piedras no hay lugar para las doradas espigas del trigo; ISLA SIN AGUA, y agradece a su tierra natal “porque me enseñas a tener sed y ansia de algo en la vida”; ISLA SIN CAMINOS, y dice: “tú me enseñaste cómo se anda por donde sea, sin herirse las plantas y los recios tobillos”. Toda la trama poética se construye en las ausencias: sin palacios, sin monumentos, sin héroes ni poetas, sin grillos. Pero es imposible que a pesar de tanta carencia, Nazor dijera: isla sin piedras. Y cito sus palabras en el poema: Ni aun en “en una antigua borrachera”. *Aime meni*, nunca he visto tanta piedra. Piedra en las playas, piedra en los caminos, en los pueblos, en las casas, en el pavimento, en los cementerios, en la torre Radojkovic, ¡en los techos! y apiladas en las laderas. Las pequeñas casas con techos de piedra aún existen. Tomo fotos casi con ansiedad. “Esta vez – me digo – no se me irá detalle”. *Tshik, tshik, tschik*, suena la máquina fotográfica digital.

Recorro pueblo por pueblo. No alabaré uno en desmedro de otro, cada familia adora y alaba al suyo, pero me impresionó Škrip, el más antiguo, con su iglesia, palacio, torre, museo y esos sarcófagos en medio de la calle de acceso. Škrip es el pueblo donde llegaron los ilirios, primeros habitantes de la isla, y se fortificaron para protegerse de la invasión de los griegos. Una anciana delgada y de negro, se nos acerca y nos ofrece *prosac* y *orahovac*. Yo no sé hablar croata, pero esas palabras las entendí perfectamente. También si hubiera dicho *pelinkovac*, *kruškovac*, o *pršut*.

Me impresionó Pučišće por su tamaño, modernidad y su marina; y Vidova Gora, no solo por ser el punto más alto de las islas de Croacia, sino porque justo en la cima sonaban los cencerros en el cuello de las cabras. Es un tintineo ancestral. También me encantó Ložišća, emplazado en una quebrada, con su arquitectura antigua, de calles estrechas, respetadas a pesar de las necesidades del transporte moderno. Todo Brač, todas sus pequeñas ciudades, son en realidad una joya.

Entro a la ciudadela de mi padre, Selca, y les cuento a mis hijos que la familia era propietaria de la usina, y que a mi padre le encargaban de vez en cuando atender, a sus 14, 15 años, el mecanismo de la luz, lo que le exigía

estar presente y trasnochar. Contaba, divertido, que una noche se aburrió, bajó la palanca antes de la hora y dejó a todo el pueblo a oscuras. Se fue a casa muerto de la risa.

Visito la iglesia y me entero que las estatuas de los santos Cirilo y Metodio están en realidad en la fachada del templo. ¡Pero cómo no las vi hace 36 años! Fotos y más fotos. En el interior, la tumba del obispo Andro Štambuk, frente al altar, y otros nombres de la familia en los vitrales. Repaso cada capitel de columna hecho por algún Štambuk. Más fotos. *Tschik, Tschik*.

Está anocheciendo, pero debo ir a Lokaniac, la pequeña villa entre Selca y Sumartin donde vivía mi padre y su familia. Mis hijos me piden postergar la visita, por la hora, pero es inútil. Vamos hacia Lokaniac, entramos casi a oscuras, pero en una curva diviso un perfil de un techo que reconozco. ¡Esa es, esa es! Y era la casa de mi padre.

No sé porque vivían allí Iván, Antonia Uršić y sus hijos. Otros miembros de la familia tenían grandes casas, como el *palazzo* Štambuk al lado de la iglesia del pueblo, que hoy conserva solamente sus paredes. En Selca hay calles con el apellido Štambuk y me entero que hasta tenemos un escudo de familia. Y yo que tanto discutía ese afán de presuntas noblezas de los españoles, mi otra mitad; yo, que proclamaba la humildad del origen croata, humildad, no en el sentido de pobreza, sino en el sentido de modestia, lo opuesto a la presunción, a la soberbia. Y resulta que ahora tenemos hasta un escudo familiar.

Conocer esa casa era el sueño de mi vida y lo había cumplido hacía 36 años en un primer viaje a Croacia. Esta vez, la antigua y estilosa villa de cuatro o cinco viviendas mostraba cambios, había perdido un poco su carácter original, con nuevas construcciones de otro estilo y algunos talleres de piedras y lozas amontonadas en las callejuelas. Pero la casa estaba incólume, como el único y gran testimonio del pueblo original. Una casa de piedra, de dos pisos, hermosa, con su cocina tradicional y la clásica *konova*; con una terraza pequeña desde donde se ve el mar de Sumartin, las higueras, los cerros pedregosos que todas las mujeres de la isla contribuyeron a retirar, por siglos, para poder sembrar olivos, vides y hacer pastar a sus cabras. Es curioso: también las mujeres de Isla de Pascua

fueron las que más trabajaron en retirar las piedras de Mataveri para que se pudiera construir una primera pista de aterrizaje.

Las cerraduras de las puertas de esa casona familiar son grandes orificios para introducir enormes llaves, aún en uso. Me encantó ese conservacionismo, pero según un amigo de Sutivan, chileno-croata, no es solo afán de conservar. Dice que los bračaninos son famosos por su tacañería y que por lo tanto dicen “para qué lo vas a cambiar, si todavía sirve”. Y así uno puede encontrar puertas antiguas preciosas en todos los rincones. En esa casa hubo cinco hermanos, y la última sobreviviente, la hermosísima Nila Štambuk, acaba de fallecer este pasado domingo 13 de noviembre. Ella fue el último eslabón de la familia nacida en Croacia y emigrada a Sudamérica, y a ella le dedico mis palabras de esta noche. Con la tía Nila se corta el último eslabón de la historia de emigración de una familia croata a Sudamérica. Fue la figura de cierre. Le canté en su despedida el *Tamo daleko*. Sé que es una canción tradicional serbia adaptada, pero era la única que ella recordaba.

¿Qué impresiones muy generales obtengo de este viaje a una parte de Croacia, después de 36 años?

Aprecio que la Guerra de la Patria, como llaman a la conflagración de principios de los años 90, es un sentimiento doloroso, latente, pero que no inmovilizó a la nación. Croacia se ha reconstruido no solo en lo material. Es dueña ahora, en plenitud, de su singular identidad nacional.

Es un país hermoso, con una capital interesante y culta. Zagreb es una ciudad moderna, pero que ha conservado su arquitectura fundacional y que se puede disfrutar caminando. La plaza principal es un gran lugar de encuentro social y cultural. Al atardecer, sus bares se llenan de alegres contertulios. En esa zona central vi con mucho placer que todavía quedan algunas tiendas de antiguo cuño, como las que hubo también en Punta Arenas, con sus vitrinas tradicionales, abigarradas, mostrando el máximo de productos, un estilo de principios y mediados del siglo XX.

Dubrovnik, a su vez, está asediado por el turismo, y con razón, porque es una de las fortalezas más hermosas del mundo antiguo. Advierto después de más de tres décadas un cambio comercial - las inevitables cadenas

transnacionales se han hecho presente -, y la desaparición de algunas artesanías típicas de otros tiempos, que afortunadamente conservo. En general, en Croacia es inusual ver en la actualidad a las ancianas vestidas de negro ofreciendo sus bordados a mano. Debo decir que solo vi a una, y muy encantadora, en la isla Hvar.

La hermosa costa de Makarska se ha poblado y sus pueblos costeros han crecido muchísimo. Playa, veleros, muchos hoteles y edificios de departamentos, pero también se aprecia algo de pesca artesanal.

Y en “nuestra” isla Brač, parece tener cada vez más importancia el turismo. Hay ofertas de alojamiento por todos lados, en muchas partes se ofrece asado de cordero a la usanza local, y a los espacios dedicados a esa actividad les llaman *konobas*, algo así como bodega, taberna, mesón. Es una palabra que actualmente tiene muchas acepciones.

El catolicismo se siente muy fuerte. El domingo, la iglesia de Selca, al menos, está llena de fieles y un coro local acompaña la misa. Por algo, varios nombres de la isla son nombres de santos: Sumartin es sveti Martin, san Martín; Supetar es Sveti Petar, San Pedro. Sutivan es sveti Ivan, san Juan. Los viejos todavía pronuncian Spetar, Stivan. Y aprovecho de comentar que en Sutivan me entero desde adentro de la familia Lukšić de algunas interesantes y novedosas historias de don Policarpo Lukšić, el fundador del imperio económico chileno. Su hermosa casa de dos pisos tiene gran presencia en la calle costera principal. Aún tiene techo de piedras.

Me impresiona mucho más que en mi anterior viaje la delgada capa vegetal en toda la isla, quizás porque los nuevos caminos permiten ver los cortes en los cerros o porque mis recorridos fueron mayores esta vez. Es un ecosistema frágil, y sin embargo aún se ven olivos y vides, aunque pocos. La pesca, el turismo, los servicios, logran mantener a las familias que la habitan en forma permanente. También hay matrimonios de edad que alternan sus permanencias entre Split y Brač, según la época del año. Creo que pasar la vejez en Brač puede ser un gran regalo para los años dorados.

En la despedida de estas palabras, vuelvo a los versos del gran patriota de Croacia, Vladimir Nazor, escritor y primer vocero de su parlamento de

liberación. Él presentaba a la isla Brač de principios del siglo XX como una isla sin agua, sin caminos, sin palacios y monumentos, sin héroes ni poetas, sin vides ni olivos. Hoy tenemos que pedir a Nazor una segunda parte con varios cambios. Porque es una isla con caminos, con aeropuerto - para recibir aviones jet, incluso -, con poetas, como el doctor Drago Štambuk, que ya forma parte de la Academia Chilena de la Lengua, como miembro correspondiente por Croacia; y es una isla que también tiene vides, olivos y monumentos.

Y aunque nada de eso tuviera, es quizás una de las ínsulas emblemáticas del mundo por su fenómeno migratorio, por la multiplicación de sus hijos en toda la Tierra. Cuando hablo de ella, digo que es para nosotros el eslabón croata porque somos muchos los que no podemos explicarnos cabalmente lo que somos, lo que quisimos o lo que queremos ser, e incluso explicarnos lo que en realidad hacemos, sin conocer esta gran roca en el adriático. Como yo, que vengo de una tradición de canteros croatas y que, sin darme ni cuenta, termino haciendo libros sobre una isla de pura roca donde está una de las canteras quizás más impresionantes de la tierra, la de los *moai* en el volcán Raro Raraku. Islas y piedras, he ahí mi esencia. Ustedes habrán indagado o tendrán que indagar las suyas.

A través de esta maravillosa semilla diaria que es la palabra, espero haber generado en ustedes muchas imágenes de lo que yo vi y viví. Sin embargo, se habrán preguntado ¿por qué Patricia no nos mostró fotos? Respuesta inmediata: el destino. Después de una larga travesía, dejé mi máquina digital, que hasta tenía nombre, “la fueguina”, en el asiento del avión. Y las mil fotos que registré, se fueron quizás adónde, en una pequeña tarjeta de memoria.

Así que, después de 36 años, repito la misma frase: “Es una señal, tengo que volver”. Solo que esta vez ¡no puedo esperar otros 36 años! y me prometo esposarme a la cámara, porque tal como advierte el ancestral dicho croata, *ofure puše na hladno*. El que se ha quemado, sopla sobre lo frío.

(Para volver presionar la flecha en el extremo superior izquierdo de la pantalla)